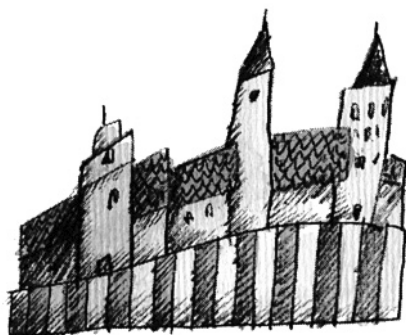


El Príncipe Feliz y otros cuentos

Oscar Wilde

Ilustraciones de Julián Cicero



loqueleg®

El Gigante Egoísta

Todas las tardes, al volver de la escuela, los niños tenían la costumbre de ir a jugar al jardín del Gigante.

Era un amplio y hermoso jardín, con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allá lindas flores entre la hierba, como estrellas, y había doce árboles de durazno que, en primavera, se cubrían con delicadas flores blancas y rosadas y que, en otoño, daban jugosos frutos. Los pájaros posados sobre los árboles cantaban con tanta dulzura que los niños interrumpían habitualmente sus juegos para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí! —se gritaban unos a otros.

Un día volvió el Gigante. Había ido a visitar a su amigo, el ogro de Cornualles, y se había quedado siete años con él. Al cabo de ese tiempo había



dicho todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió regresar a su castillo.

Al llegar vio a los niños jugando en su jardín.

—¿Qué hacen aquí? —les gritó con voz ronca. Y los niños huyeron despavoridos.

—Mi jardín es sólo para mí —dijo el Gigante—. Todos deben entenderlo así, y no permitiré que nadie más que yo juegue en él.

Entonces lo cercó con un muro alto y puso este cartel: QUEDA PROHIBIDA LA ENTRADA BAJO LAS PENAS LEGALES CORRESPONDIENTES.

Era un Gigante muy egoísta.

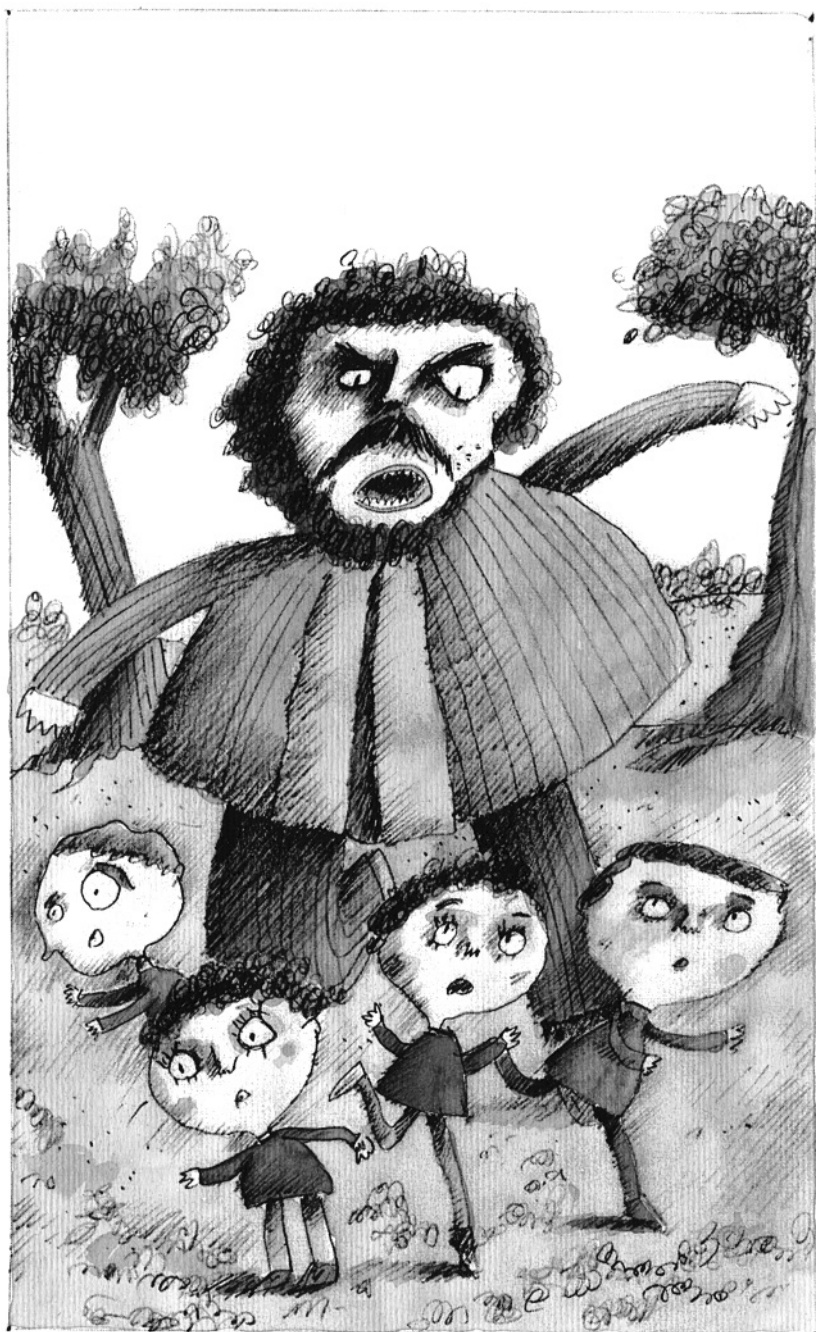
Los pobres niños ya no tenían ahora un sitio donde jugar.

Intentaron hacerlo en la calle, pero estaba muy polvorienta, toda llena de piedras afiladas, y no les gustó.

Tomaron la costumbre de pasearse, una vez terminadas las clases, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

—¡Qué felices éramos ahí! —se decían unos a otros.

Entonces llegó la primavera y en todo el país hubo pajaritos y florecillas.



Sólo en el jardín del Gigante egoísta seguía siendo invierno. Los pájaros, desde que no había niños, no tenían interés en cantar, y los árboles se olvidaban de florecer.

En cierta ocasión, una hermosa flor levantó la cabeza sobre el césped; pero al ver el cartel se entristeció tanto pensando en los niños, que se escondió de nuevo en la tierra y se volvió a dormir.

Los únicos que se alegraron fueron el hielo y la nieve.

—La primavera se ha olvidado de este jardín —exclamaban—; gracias a esto viviremos en él todo el año.

La nieve extendió su gran manto blanco sobre el césped, y el hielo pintó de plata todos los árboles. Entonces invitaron al viento del Norte a que viniera a pasar una temporada con ellos, y él aceptó.

Estaba envuelto en pieles y bramaba durante todo el día por el jardín, derribando chimeneas.

—Éste es un sitio delicioso —decía—. Le diremos al granizo que nos haga una visita.

Y llegó el granizo. Todos los días, durante tres horas, tocaba como si fuese un gran tambor sobre

los techos del castillo, hasta que rompió muchas tejas, y entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín, corriendo lo más deprisa que podía. Iba vestido de gris y su aliento era helado.

—No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar —decía el Gigante egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín blanco y frío—. ¡Espero que cambie el tiempo!

Pero la primavera no llegaba nunca, y el verano tampoco.

El otoño trajo frutos dorados a todos los jardines; pero no dio ninguno al del Gigante.

—Es demasiado egoísta —dijo.

Y era siempre invierno en casa del Gigante, y el viento del Norte, el granizo, el hielo y la nieve danzaban alrededor de los árboles.

Una mañana en que el Gigante aún permanecía acostado en su cama, pero despierto ya, oyó una música deliciosa. Sonaba tan dulcemente en sus oídos, que le hizo imaginarse que el rey de los músicos pasaba por allí. En realidad, era un jilguero que cantaba ante su ventana; pero como hacía tanto tiempo que no oía a un pájaro en su jardín, le pareció la música más bella del mundo. Entonces el gra-

nizo dejó de bailar sobre su cabeza, y el viento del Norte de rugir, y un perfume delicioso llegó hasta él por la ventana abierta.

—Creo que ha llegado, al fin, la primavera —dijo el Gigante, y saltando de la cama, se asomó y miró afuera. ¿Qué fue lo que vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Por una brecha abierta en el muro los niños se habían deslizado en el jardín, encaramándose a los árboles. Sobre todos los que él alcanzaba a ver, había un niño. Y los árboles se sentían tan dichosos de sostener nuevamente a los niños, que se habían cubierto de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles. Los pájaros revoloteaban de un lado a otro, cantando con deleite, y las flores reían, asomándose entre el césped.

Era un bello cuadro; sólo en un rincón seguía siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín y allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan diminuto era, que no había podido llegar a las ramas de un árbol, y daba vueltas a su alrededor llorando amargamente. El pobre árbol estaba aún cubierto por completo de hielo y de nieve, y el viento del Norte soplabla y rugía por encima de él.

